



Comentando

Ola de inmoralidad

Suelen los filósofos decir que de un principio absurdo pueden lógicamente deducirse los mayores absurdos. Aplicando este dicho al orden moral, podemos deducir que de un pueblo inmoral lógicamente pueden esperarse los mayores absurdos inmorales.

Hablando recientemente a las Conferencias de S. Vicente de Paül, en Boston, el Cardenal O'Connell, les decía: "A veces se me cae el periódico de las manos y no puedo menos de exclamar: ¡Qué asco! Noticias de escándalos y crímenes en la primera página, más crímenes y más escándalos en la última y entre la primera y la última nueva cosecha de crímenes. Hace la impresión de que todas las leyes de la decencia y moral se han olvidado. Escándalos, divorcios, crímenes, esa es la atmósfera actual de nuestro pueblo. La esencia del decoro se desvanece por completo. En esa atmósfera de odio, escándalo y despreocupación de la ley y la decencia tenemos que trabajar".

Algunas salpicaduras de ese medio degradado, por desgracia demasiado frecuentes y asquerosas marchan los telones de nuestros cines. Pero la que hace poco lanzó una casa comercial norteamericana, excede toda medida. A todos los médicos de Caracas personalmente envió folletos explicativos de prácticas y métodos anticoncepcionales. Está visto: hay empeño decidido en animalizar al hombre, en arrancarle todo principio moral. Ni el matrimonio ha de responder a los designios de Dios en la procreación de los hijos ni en las mutuas relaciones de los esposos deben existir más normas que los del capricho y la pasión.

En su "Hombre eterno" afirma Chesterton que los refinamientos de civilización y cultura actuales sacrifican los hijos ante el moderno Molok. Ese Molok es el aborto y el Bith—Control que ni es Bith ni es control, sino el más increíble descontrol.

Y como fenómeno que siempre acompaña a las grandes prevaricaciones, la degradación moral quiere justificarse con palabras y expresiones, siempre lisonjeras al ánimo cobarde que no sabe arrostrar varonilmente su responsabilidad. Porque ninguna razón ni en el hombre ni en la mujer puede justificar semejantes atentados contra la moral. Lo que es por su naturaleza inmoral (los métodos anticoncepcionales lo

son absolutamente) nadie puede convertirlo en moral. Y las razones que se alegan para semejante conducta pecan por ese extremo.

Recientemente el Dr. F. Salis, de Agram, ordenó hacer un censo de todas las familias católicas sin hijos, como base para la inquisición del problema de la despoblación, entre los católicos.

Y el Obispo de Banath, en Tamesvar, Yugoslavia. Dr. Agustín Pacha, publicó una pastoral magnífica de la que entresacamos las siguientes líneas: "¡Padres de familia! mi queja se dirige a vosotros. Vosotros no amáis a vuestros hijos. Vuestras calles están desiertas. pueblo tras pueblo van cerrando sus escuelas, porque no hay niños que las llenen. Vuestros campos decaen, porque el hombre y su mujer no pueden solos hacer frente a las labores y no tienen hijos que los ayuden. Vuestras aldeas están mudas. Año tras año el peligro aumenta. El quinto mandamiento dice: No matarás. Pero al suprimir la vida embrionaria es matar y es asesinar. Por esto os hago este llamado. Padres, amad a vuestros hijos. Madres! vosotras tenéis amor maternal para cada hijo que repose en vuestro corazón, para todos los que os dé el amor de Dios. En este momento me dirijo a mi difunta madre para que desde la eternidad os hable a vosotras. Oyeme, madre: estas mujeres me dicen que la gran bendición de los hijos les roba la salud, que les roba la gracia y la belleza, y les arranca el tesoro de la vida prematuramente. Madre, tú tuviste trece hijos y a todos los alimentaste y criaste a tus pechos. Toda tu vida fuiste sana, robusta y vigorosa. Y estabas en el umbral de cien años, cuando el Señor te llamó a Sí. Yo les digo que mi madre era a mis ojos la mujer más bella que jamás vieron ojos humanos".

Pensar que las leyes morales tan sabiamente establecidas por Dios pueden impunemente pisotearse, es no apreciar la obra de Dios en lo que tiene de perfecta. Efecto de esos métodos y prácticas anticoncepcionales es el desierto y el cementerio que se extiende sobre las naciones. Y Venezuela tan escasamente poblada, verdadero desierto de población que llama en un desesperado SOS a la inmigración para que prolongue su vida y la vitalice con la calidad y cantidad de nuevos hijos, se halla incitada a aumentar el desierto. Abierta contradicción. Conducta suicida. No

COMENTANDO

podemos comprender cómo nuestro patriotismo, tan hiperestésico en ocasiones, no se alza justiciero contra los que hieren a la Patria en su propio corazón. Y por calles y plazas se venden públicamente remedios anticoncepcionales y miramos indiferentes el asesinato y el suicidio de Venezuela.

El Día del Maestro

Bien está el Día del Maestro, como el Día del Soldado, del Obrero, del Policía, de la Cruz Roja, de la Madre y el Niño. Aunque es cierto que hemos iniciado una carrera que bien puede rematar —dada nuestra exuberante iniciativa en cuestión de fiestas y regocijos— en reclamaciones del Día del Alumno, del Comerciante, del Albañil, del Carpintero y del Limpiabotas.

Ello sería un retorno —más o menos feliz— a las fiestas patronales que celebraron anualmente, con émula esplendidez, los gremios cristianos de la Edad Media, el día de su Santo protector.

Bajo un signo mucho más laico y profano nacen a la vida nuestros modernos días gremiales. Aunque el buen sentido de sus organizadores —de nuestros actuales gobernantes, más concretamente— ha hecho en todos ellos acto central y primario la celebración de una Santa Misa en la Catedral, en San Francisco o en el Hipódromo Nacional.

Una primera y lamentable excepción ha constituido la celebración del Día del Maestro.

Ofrendas florales, homenajes a maestros enfermos y muertos, actos culturales, gran baile de gala... Los maestros venezolanos son de una cultura tan superior y tan moderna... que sería un despropósito iniciar su Día con una Santa Misa. Es cierto que tres millones de venezolanos están bautizados, y son por lo tanto oficialmente católicos; es cierto que los maestros venezolanos son educadores de esos millones de católicos venezolanos; es cierto que el Gobierno venezolano, en atención a esa realidad, no se ha desdeñado durante los últimos años de participar en los actos oficiales de culto; pero los maestros... son de una cultura tan superior, que no pueden menos de manifestarse oficialmente laicos y ateos.

No sabemos porqué se ha llevado tan sorpresivamente la institución de esta fiesta; comprendemos aún menos porqué aparece en los programas como único representante del Magisterio venezolano la F. V. M. Suceden cosas por las altas esferas de la Instrucción Pública venezolana, que recuerdan en todo la influencia nefasta que ejerciera en España, antes de la revolución, la fatídica Institución Libre de En-

señanza. Y por hoy baste esta insinuación, porque no fallará ocasión oportuna de hacer luz en tan delicado asunto.

Ofrecemos a la meditación de los organizadores del día del Maestro esta carta que el Señor Eduardo Daladier, jefe del Gobierno francés, recibió al abrirse el presente curso escolar 1939—1940:

"Marsella, 18 de septiembre de 1939.

Señor Presidente del Consejo.

"Teniendo que efectuarse las clases en condiciones trágicas, séame permitido, Señor Presidente del Consejo, en nombre de gran número de maestros, suplicar el apoyo de vuestra autoridad y ayuda en pro del personal docente en las graves circunstancias actuales.

"Todos, o al menos casi todos, reconocemos que la escuela sin Dios ha hecho bancarrota y poco ha faltado para que precipitara a Francia en el más profundo de los abismos. Urge que enderecemos nuestras ideas, que confesemos nuestros errores y que volvamos a implantar el conocimiento de Dios en nuestras escuelas. La cuestión de neutralidad debe ser relegada a perpetuo olvido.

"Con pretexto de neutralidad hemos llegado hasta renegar de Dios y sustituir la enseñanza religiosa y moral con las teorías subversivas más perniciosas. Maestros ha habido, que por timidez y miedo de sus jefes, han llegado a no atreverse siquiera a pronunciar el nombre de Dios en su clase.

"Sentimos no obstante, en medio de esta espantosa catástrofe, que estamos en la mano de Dios, y que tenemos necesidad de la protección del Cielo. Sentimos que nuestro deber de educadores es ayudar a las almas de los alumnos a levantarse hasta Dios.

"Pero nos sentimos impotentes, Señor Presidente, para cumplir plenamente el delicado deber que nos incumbe si no nos vemos apoyados por los Poderes Públicos.

"Por este motivo recurrimos a Vos, Señor Presidente del Consejo, para que tengáis a bien expresar nuestro parecer a este respecto a los Profesores de la Universidad.

"Considerándoos, Señor Presidente del Consejo, con profundo agradecimiento, como el salvador de nuestra Nación tanto bajo el punto de vista moral como material, os suplicamos aceptar la expresión de nuestra inmensa gratitud y el homenaje de nuestro profundo respeto.

M. ANDRE VAILLANT.

Confesamos ingenuamente que el Día del Maestro —sin aludir a las manifestaciones tumultuarias contra la Corte, que coincidieron con su celebración— nos resultó frío, partidista y antipático. Nos apena profundamente ese alarde de laicismo profesional.